



— *La* —

ISLA DEL GRIFO

DANIEL MATEOS

LA ISLA DEL GRIFO

DANIEL MATEOS

Albergó exclusivamente a los enfermos contaminados en el puerto [...] o bien a los transportados en los buques estacionados de paso. En la cima y al extremo Oriente, se encuentra la caseta del guardafaro, encargado de llevar un libro de registro espontáneo. Pegado a ella y en buen estado de conservación, se levanta el potente faro que despide luz a más de cuarenta kilómetros de la costa para anunciar la situación de la bahía.

José Manuel López Victoria

Desde esta primera plaza existen tres salidas: una a la izquierda, a lo largo de la playa, [...] otra a la derecha, a lo largo de una playa rocosa, y una tercera al centro, que sube directamente por una colina hasta llegar al faro. Recordando el viejo refrán, los tres senderos conducen al faro.

M.A. Calderwood

En el sitio donde estaba la caseta, sólo quedó un enorme agujero; el guardafaro de guardia cayó al piso sin sufrir más que ligeros daños y haber perdido el conocimiento por algunos minutos: el faro sufrió también muy poco, y media hora después, reanudaba sus destellos, momentáneamente interrumpidos.

Rosendo Pintos L.

I

El pequeño buque atracó en el malecón y los dos marinos bajaron de inmediato. Vestían uniforme gris, el cuerpo cubierto desde las suelas hasta la cabeza. Bajaron del buque a pasos largos, una mano en las escaleras para subir y la otra en la M16. Una vez estables, el buque se alejó y su tripulante hizo un gesto de despedida; los dos marinos lo imitaron y dieron media vuelta después de eso.

Avanzaron por el camino de concreto que los llevó hasta la playa y que, si avanzaban un poco más, los llevaría hasta la selva. Pero la revisión de la isla implicaba todo, y para revisar todo, se tiene que empezar por donde se entra. Ambos pisaron la arena, casi blanca, y continuaron caminando por toda la orilla del mar; uno por la parte seca y el otro mojaba sus botas con la poca agua que llegaba del oleaje.

— Quisiera poder quitarme las botas —dijo Santiago — este calor me va a quemar los pies.

— No creo que te convenga —contestó Leonardo, su compañero — te dan permiso de quitarte el casco y los guantes, pero las botas nunca. No te apures, pronto bajará el sol y con él la temperatura. Además, se ve que va a llover, eso refrescará un rato.

— Por eso mismo hay que apurarnos. No quiero que me agarre la lluvia en este lugar.

Terminaron la franja de arena, se encontraron con unas rocas frente a ellos y decidieron escalar unas cuantas. Leonardo, con más experiencia por haber nacido en un lugar con mar, ayudaba a Santiago a dar cada paso sobre las rocas, dándole a veces la mano para que no resbalara con las rocas lamosas; y con la otra mano, ambos, sujetaban su arma porque “ella era su vida y la de su compañero”, les dijeron.

Cuando se dieron cuenta de que por ahí ya no había acceso, retrocedieron pisando las mismas piedras por las que habían avanzado y, de la misma manera, regresaron por toda la franja de la playa, uno por la arena seca y el otro por la húmeda.

— Tomemos el camino pavimentado, para que te sientas más en casa —dijo Leonardo.

— Y por la sombrita, al cabo que ya vamos para la selva.

Los dos marinos subieron las escaleras que conectaban la playa con el camino de concreto y el malecón. Habían recibido órdenes de recorrer toda la isla para vigilar que las normas dictadas por la Secretaría de Marina se estuvieran cumpliendo a cabalidad.

— Según dijo el teniente, con que recorramos todo el camino de concreto, hasta donde nos lleve, con eso terminamos el trabajo. Dijo que aunque viéramos otros caminos, si no eran de concreto, no los siguiéramos, porque corremos el riesgo de perdernos —apuntó Santiago a su compañero, como si él no hubiera estado presente cuando les dieron las órdenes.

— Ya lo sé —dijo Leonardo — yo estaba ahí, al lado tuyo, cuando nos dieron las órdenes. Pero no te preocupes, esta isla es pequeña, no nos perdemos. Y si lo hacemos, por muy pendejos que podamos estar, el chiste es caminar derecho para ubicar en qué lado de la isla estamos — frente a ellos estaba la trifurcación del sendero, el camino de en medio parecía subir, el de la derecha recorrer por el barranco de la isla y el izquierdo conducía por el mismo espacio que la

playa abarcaba — ¿cuál tomamos?

— Derecha —contestó Santiago sin pensarlo — una vez leí que para salir de un laberinto siempre hay que tomar el camino de la derecha.

— ¿A poco sí muy lector?

— Sólo a veces, cuando nos tienen encerrados en la base. Mientras los otros se masturban entre ellos prefiero hacer cosas menos homosexuales, y leer es lo poco que nos queda. También investigué esta isla y sé que por el camino de la derecha llegas a una playa oculta donde nadie te vería desde alguno de los buques o desde la base...

— ¿Traes? —preguntó Leonardo con una sonrisa.

— Nunca salgo sin ella.

Caminaron por el sendero de la derecha, sólo hojas café tiradas por todos lados. El sendero era estrecho, por lo que caminaron uno delante de otro; el de enfrente con la M16 sujeta, apuntando al suelo; el de atrás con el arma colgada en la espalda. Cuando sintieron dar la vuelta a la isla al seguir ese camino, pensaron que era interminable y que, aunque el paisaje cambiaba constantemente de su lado derecho (árboles en diagonal colgando hacia las rocas del mar, luego mar sin rocas y luego rocas con mar pero sin árboles), no parecía haber ninguna novedad del lado izquierdo, sólo rocas y plantas, nada más.

— No encontré mucho. —dijo Santiago — Lo que sé de la playa me lo dijeron unos compañeros que ya habían venido. Y a pesar de que la gente si la visita, pareciera ser una isla abandonada.

— Una isla maldita...

— Abandonada, dije. Eso sí. Se cree que vivía gente aquí antes de que la Marina se encargara de ella. Se dice que estos caminos de concreto fueron hechos sobre los caminos naturales, hechos con los pies, de los antiguos pobladores del lugar, a los que nadie sabe qué les pasó.

— Algo los habrá hecho desaparecer.

— Tal vez —dijo Santiago — sólo fueron pescadores que frecuenten estas aguas, o contrabandistas que esconden cosas aquí o piratas, también; recuerda que este puerto es muy viejo, esto no tiene por qué ser una historia encontrada en un libro.

El camino se separa de la costa y sube y se adentra en la selva, al llegar a este punto, ellos también lo hicieron y se sintieron aliviados de caminar hombro con hombro. En lo que subían, vieron un camino de tierra. El viento soplaba fuerte aun en esa profundidad de la selva y, sin embargo, el camino de tierra no se llenó de hojas como sí lo estaba el sendero de concreto. Los dos marinos sólo lo miraron.

Más adentro, ya con las copas de los árboles como techos protectores del sol y el calor, encontraron otro camino de tierra que subía una ladera y parecía que regresaba por donde el camino de cemento los había traído.

— ¿A dónde crees que lleve? —preguntó Leonardo.

— De regreso. Parece —contestó Santiago.

— ¿De verdad me estás diciendo que te lleva al mismo lugar a donde te lleva este mismo camino?

— ¿Y por qué no?

— Escúchate. Dices que la gente que hizo ese camino con sus pies, llegó a este punto, quiso regresarse y, en lugar de darse una media vuelta y bajar por donde había venido, decidió dar una

vuelta en U y regresar por otro camino al mismo punto de donde partió. ¿Te parece lógico?

— Lo que me parece lógico —dijo Santiago— es lo que nos ordenó el comandante. Que siguiéramos sólo el camino de cemento. No te distraigas con eso, por favor, si te pierdes tendré que buscarte y sabes que soy malo con los ambientes naturales. Seguro me perderé yo también y tendré que reportar tu desaparición con el comandante. Ven, hay que apurarnos que ya quiero llegar.

Cuando empezaron el descenso, Leonardo estaba seguro de que ya habían encontrado la playa; él sabía distinguir el ruido del oleaje, el olor a sal y lo fresco del aire, pero fue Santiago el que se emocionó al escuchar el comentario de que estaban a punto de llegar. Bajaron por un camino que zigzagueaba como una serpiente y Leonardo recordó estar alerta de que ningún animal se les acercara.

— ¿Sabes cómo le decían antes a esta isla? El grifo, por el animal con alas de águila, cuerpo de león y quién sabe cuánta madre más.

— A lo mejor en otro tiempo sí vivía un animal así por estos lados.

— O vivían varios animales parecidos, de los que se componía el grifo ese... o viven... mantente alerta.

Bajaron lo suficiente como para ver, por fin, una ola rompiendo en las rocas y llegando sin fuerza hasta la playa.

“Playa palmitas. Por favor, no ensucie la playa ni corte ninguna planta. Área protegida por la Marina Armada”, decía el letrero colocado un escalón antes de tocar la arena.

— Mira —dijo Santiago— somos nosotros.

— Y venimos a cuidar —sentenció Leonardo.

Los marinos estaban por quitarse los uniformes cuando Leonardo recordó que debía echar un vistazo al mar para cerciorarse de que no había buques que pudieran verlos. Santiago, por su parte y en lo que su compañero regresaba, buscó entre sus múltiples bolsas el cigarro de marihuana que había traído para esa ocasión. Cuando Leonardo, desde las piedras más cercanas al mar, dio la señal de todo en orden, Santiago dejó el cigarro acomodado en una piedra, se quitó el uniforme y desnudo entró al agua.

De aquel lado el oleaje era más intenso que en la primera playa que visitaron. El marino que se encontraba desnudo y dentro del agua tenía dificultades para mantenerse estable ya que las olas lo arrastraban con violencia y, si se descuidaba lo azotaban contra rocas atoradas en la arena.

— Con cuidado, no te vaya llevar.

— La que me llevó fue la chingada —respondió Santiago— pero eso hace mucho tiempo. ¿Tú ya has zarpado?

— Sí, cuando estaba en la escuela. ¿Tú no? Pensé que eso era lo primero que le hacían a los grumetes cuando entran.

— Allá no. De donde yo soy lo primero que haces el lavar baños y cambiar jabón. Esta es la primera vez que vengo al mar desde que entré.

Leonardo prendió el cigarro de marihuana y comenzó a inhalar. Reposó su espalda en la arena, bajo un árbol, concentrado en los sonidos: el agua golpeando contra las rocas, los pájaros que, creía, estaban justo arriba de su cabeza, otros animales, los gritos que hacía su compañero mientras luchaba contra la corriente y de repente, el ruido de un animal extraño que nunca había escuchado y que olvidó al poco rato de haberlo oído.

El tiempo para Leonardo se había detenido, se sentía suave, como un insecto más de la isla y los árboles giraban alrededor suyo. Enterraba los dedos en la arena, sentía cada grano entre sus uñas, como para contarlos todos. Leonardo estaba en paz, y fue por eso que el agua salpicándolo se sintió en cada parte de su cuerpo. Al principio pensó que era Santiago saliendo del agua el que le estaba jugando una broma, sin embargo, al incorporarse y recuperar la atención hacia el exterior, se dio cuenta de que el oleaje había crecido peligrosamente, tanto, como para salpicarlo hasta donde él estaba. Lo primero que hizo fue ponerse de pie y buscar a su compañero.

A primera vista no lo encontró. El agua estaba agitada, así que la espuma y la arena revuelta le impedían ver lo que estaba sumergido. Gritó el nombre de Santiago mientras lo buscaba en las rocas. Fue por su M16 gritando por su compañero. Quitó el seguro y apuntó. Una mano se colocó sobre la empuñadura de su arma.

— ¿Y luego qué? —dijo Santiago — ¿Ibas a dispararle a las rocas? No se malviaje, marino. La corriente está muy fuerte y el sol se está tapando por las nubes, es mejor que nos vayamos.

Cuando Santiago se puso el uniforme prendió de nuevo el cigarro de mariguana e inhaló tres veces. Luego se negó a darle a su compañero, lo apagó y tiró los restos en la tierra una vez que subieron a la selva.

— El plan ahora es seguir los otros caminos —dijo Santiago — ¿te parece si vamos al faro hasta que se te pase el efecto? No quiero que por casualidad vuelvas a hacer otra pendejada y alguien, por casualidad nos esté viendo.

Leonardo no dijo nada. Sólo asentó con la cabeza. Regresaron a la trifurcación, esta vez tomaron el camino de la izquierda. Recorrieron toda la franja de la playa por entre los árboles y, cuando terminó la playa, el sitio por el que no habían podido subir por entre las rocas del mar. Sintieron, otra vez, que daban la vuelta a la isla pero ahora del otro lado y llegaron a una especie de plaza hecha quizá por la naturaleza o por el hombre, era difícil saberlo. En ella, la vista era espectacular. La naturaleza cubría una especie de cuadro que semejava a una pantalla, la visión era de tierra firme, las dos puntas de la bahía: la vista de siempre pero al revés.

— ¿Ya viste eso? —dijo Santiago señalando una roca enorme, casi redonda, colocada como con las manos en una superficie de rocas ultradelgada, de donde no se entendía cómo era posible que la roca grande se mantuviera inmóvil sobre esa base tan inestable — No entiendo cómo es que esa roca grande se mantiene inmóvil sobre esa base tan pequeña.

Leonardo no dijo nada. Ambos se quedaron mirando la roca. Santiago tomó tres piedras del suelo, del tamaño de un puño y las arrojó contra la roca, creyendo que con un leve movimiento iba a poder desestabilizar aquello. Pero nada pasó y los dos marinos continuaron el recorrido.

Regresaron a la trifurcación. La nube gris ahora estaba encima de la isla pero todavía no llegaba a tierra firme. Parecía más grande cada vez. Ahora tomaron el camino de en medio, el que subía, y subieron. Eran escaleras pequeñas que parecían no tener fin aunque no provocaban cansancio. Cuando por fin llegaron a una planicie, se encontraron frente a un puente como de unos 3 metros de alto y 5 de largo, estaba hecho de madera pero no se veía peligroso, sólo un poco viejo, pero nada que hiciera pensar en peligro.

— ¿Escuchaste al teniente mencionar esto?

Leonardo no dijo nada. Movié la cabeza negativamente. Santiago se acercó al puente y se aseguró de que estuviera en buenas condiciones como para resistir a dos hombres maduros y robustos. Cuando por fin hubo cruzado, dio la señal a Leonardo para que cruzara también y así lo

hizo, sin problemas ni percances.

Después del puente, más escaleras pequeñas. Continuaron en su ascenso y aunque el calor ya no era un problema porque el sol ya estaba cubierto por la nube gris casi negra, y porque el aire empezaba a soplar más fuerte, lo que significaba también un poco de agua en los vientos; el cansancio por toda la caminata empezaba a cobrar la energía de los dos marinos.

Encontraron algo de lo que nadie les había hablado y que ellos mismos jamás habrían imaginado encontrar: una casa, hecha completamente de madera, en pleno ascenso y a uno pocos metros de llegar al faro.

— ¿La ves también?

Leonardo no dijo nada. Ambos miraron la casa en silencio, después decidieron acercarse. Ya a unos cuantos metros, por fin se percibía el deterioro de la casa. Las maderas parecían húmedas, el piso era todo de tierra pero estaba, como el resto del camino, lleno de hojarasca. Se asomaron con la M16 en las manos, ambos. Entraron sin hacer ruido, ni siquiera con sus pasos sobre las hojas, así estaban entrenados.

Una vez adentro, pudieron ver cómo estaba proporcionada dicha casa, sencilla, dividida en tres por dos medios muros, nada más. No había restos de nada, sólo hojas. No dejaban pruebas de qué cosas vivían ahí si es que algo lo hacía. Dentro sólo estaban las cuatro paredes, el techo perforado y las dos medias paredes hechas así a propósito; por afuera tampoco había nada, ni restos de alimento, excremento o instrumento, nada. Una “simple” casa abandonada, hecha de madera en medio de la selva, el cerro, en una isla deshabitada. Por eso lo de “simple” llama la atención.

— Vámonos, aquí no hay nada. Estamos perdiendo el tiempo y nos va a agarrar la lluvia. Cuando estemos en la base la reportamos a ver si la vieron en la revisión anterior o si hay cambios en la próxima. Vamos al faro.

Leonardo no dijo nada. Ambos subieron, aunque cansados, más deprisa las escaleras que los sacaban a otra plaza, esta sí construida por el hombre, en donde encontraron el faro resaltando en medio y la casa del cuidador.

— Seguro la casa de madera de allá abajo fue hecha por el cuidador —dijo Santiago— las cosas no aparecen así nada más, igual que el faro y esta otra casa.

Leonardo no dijo nada. Ambos se pararon justo al lado del faro en silencio. Vieron hacia la bahía, la nube, ahora negra, ya había llegado a tierra firme.

— ¡Qué vista! —dijo por fin Leonardo.

— Aunque se vería más bonito sin esta pinche nubezota sobre nosotros. Apúrate ¿ves algún desperfecto en el faro?

— Subo —contestó Leonardo— sólo hay que pedirle las llaves al cuidador.

Tocaron la puerta de la casa del cuidador. Esta casa era de concreto, pequeña, para una sola persona, con techo de palma seca. Los marinos tocaron de nuevo la puerta y de nuevo no hubo respuesta y, después de tocar y gritar hasta una tercera vez, decidieron tirar la puerta porque, pensaron, algo malo le debió haber sucedido al cuidador.

La casa del cuidador, al igual que la casa de madera, estaba vacía, pero a diferencia de aquella, esta sí tenía restos de que alguien vivió en su interior. Todo estaba tirado en el suelo de concreto. Botellas de cerveza por todo el cuarto, un refrigerador vacío. No había cama, sólo una hamaca en medio del cuarto. En una silla pegada a la pared, junto al refrigerador, había un *libro*

vaquero, una revista para adultos y un número de la revista *México desconocido*.

— Supongo que no tenía mucho que hacer —dijo Santiago — pero debería estar aquí. Tiene que prender el faro porque está a punto de anochecer.

— Y con más razón ahorita —agregó Leonardo — porque parece que habrá lluvia y el horizonte empieza a oscurecerse. Si no llega tendremos que prenderlo nosotros.

Los dos marinos salieron de la casa, se acercaron al faro y encendieron la luz. Se aseguraron de que hubiera suficiente diesel en el generador de energía y dieron por concluida su trabajo.

— Sólo dos reportes: la casa de madera y la ausencia del cuidador. Déjame reportar con el teniente.

Una vez terminada la frase, la lluvia se soltó sobre ellos como si una tina de agua fuera volteada sobre ellos, y con la lluvia llegaron los vientos, poderosas ráfagas de vientos empujaron hojas, tierra y más agua, empapando a los dos marinos, desconcertándolos y obligándolos a refugiarse dentro de la casa del cuidador.

— ¡Te dije que nos iba a agarrar la lluvia! —gritó Leonardo. No porque estuviera enojado, sino para hacerse oír porque la lluvia y el viento provocaban un escándalo tan fuerte que apenas se escuchaban entre ellos — si esto es una tormenta será imposible comunicarme con la base y los buques pequeños habrán sido retirados de la bahía. Déjame ver qué puedo hacer.

Santiago no dijo nada. Sólo miraba el faro. Afuera y con la lluvia ya estaba oscuro y la potente luz intermitente era un gran espectáculo. Cuando tocaba iluminar tierra firme Santiago veía las grande y gordas gotas que caían sobre la isla. Tomó su M16 y se mantuvo en descanso con la espalda pegada a la pared más cercana a la puerta, siempre mirando al faro.

— No conseguí nada —dijo Leonardo — creo que lo más prudente será quedarnos aquí hasta que la tormenta pase. No sé si tú te acomodes en la hamaca, yo sí, pero si quieres puedes intentarlo y nos turnamos entre la silla y la hamaca... Santiago...

Santiago no dijo nada. Miraba la luz del faro.

II

Una lancha de motor avanzó por entre las aguas con dirección a la isla. En ella sólo venían dos hombres, el que la maneja y el pasajero que, sentado en la punta, miraba la isla con los ojos que miran una nueva oportunidad.

— Aquí vas a estar mejor —dijo el navegante — ya verás que esto es lo que necesitabas.

Cuando llegaron, por fin, a la playa, el nuevo cuidador del faro, el hombre que venía en la punta de la lancha, bajó de un salto con una cubeta en las manos. En ella llevaba su presente y las bases para su futuro. Porque llegando a esta playa comienzo una nueva vida, porque Dios me ha dado una segunda oportunidad y no debo desperdiciarla. Porque cuando estoy solo pienso mejor y aquí estaré solo, siempre solo, hasta que regrese a tierra firme, pero prefiero no ir tan seguido, por eso acepté el trabajo y por eso vine.

La cubeta estaba hasta el tope. En su interior sólo había ropa: dos playeras, tres bermudas deportivas, tres trusas y, enrollado en una de ellas, un paquete escondido hasta el fondo de la cubeta. El lancharo preparó su regreso.

— ¿Recuerdas todas las instrucciones? —preguntó al recién nombrado cuidador del faro.

— Debo prender la luz del faro cada que empiece a oscurecer. Cada domingo debo bajar a la playa para recibir el diesel que tú me traerás. Debo verificar que el faro esté funcionando a la perfección y limpiar el área de la cual soy responsable. Debo abstenerme del alcohol. — respondió el guarda faros — lo he repetido cientos de veces porque me lo han pedido. Y una vez más, y otras cien más lo hago, porque creo en esto y lo necesito.

— Pero no lo repitas tantas veces —dijo el lanchero — después de un rato ya ni tú mismo sabrás que significa.

Después de eso, la lancha dio media vuelta y se fue. Por su parte, el cuidador del faro acudió a sus actividades. Todavía faltaban varias horas para que encendiera la luz, pero quería conocer el lugar donde pasaría el resto de sus horas y donde podría morir en paz porque todo esto es selva y naturaleza y nada nunca ha ofrecido más paz que la selva y la naturaleza, por eso acepté venir y por eso estoy aquí.

Cuando la lancha se fue, levantó su cubeta de la arena y comenzó a subir hacia la selva siguiendo un camino de pavimento que seguramente lo llevaría a algún lado, no importaba dónde porque “todos los caminos llevan al faro”, le dijeron.

Tomó el camino de en medio porque era el que parecía subir más que los otros, avanzó por él y a media subida dio gracias a Dios por haberle quitado todas sus cosas y haberle dado sólo lo necesario porque si no llevara esa cubeta con sus cosas, si tuviera algo más grande, más pesado, con más posesiones, esa subida hubiera sido imposible por tantas escaleras y el peso y lo largo del camino que ya me tiene agotado porque además hace calor y el viento no ha soplado lo suficiente.

La tranquilidad tropical lo relajaron aun cuando no paraba de ascender, el ruido de los animales nativos, las hojas chocando contra otras ramas y a lo lejos, el constante golpeteo del agua fueron como un arrullo para él, y el calor también estaba a punto de hacerlo dormir. Pero, casi al llegar a su destino, se encontró frente a una casa hecha de madera al lado del camino con vista a tierra firme.

Al principio pensó que ya estaba soñando, que se había caído por el puente que acababa de cruzar y se encontraba tirado al final de ese risco; pero no, al acercarse a esa casa descubrió que seguía despierto y el miedo se apoderó de él, no fuera a ser que lo que le dijeron sea mentira y que la casa que me van a dar sea esta, eso sí va a estar bien cabrón porque esta chingadera no tiene ni cama, ni silla y no creo que me aguante si cuelgo mi hamaca de algunas de sus columnas, mal hechas como todo allá en tierra firme; ni parece un lugar diferente y eso que yo vine buscando un lugar diferente del que está allá, pero es lo mismo.

Luego de revisarla un poco, observar que tenía dos divisiones por dentro, a manera de tres cuartos, se sintió bien. Tal vez no estaría tan solo en esa isla, que aunque era lo que tenía planeado desde el principio, al bajarse de la lancha con sus pocas cosas se preguntó si fue la decisión correcta dejar tierra firme y venir a cuidar este puto faro.

Dejó la casa, pero no su obsesión por ella. Continuó caminando por el mismo camino que lo había dejado allí y que ahora lo conducía a su verdadero destino, el motivo por el que había dejado todo, por el que salvó la vida: el puto faro.

Llegó a una especie de plaza en la cima de la isla, allí todo era plano y parecía construido por manos humanas. Qué pendejo, por supuesto que lo hicieron los hombres; los faros no salen de la

tierra, la naturaleza no necesita faros. Y allí lo vio, más cercano al precipicio que al centro, erecto, blanco, quién sabe cuánto tiempo llevaba allí pero seguro estará para cuando me haya ido, ojalá que, para cuando yo muera, puedan venir a enterrarme cerca de él, como señal de que me salvó; o que me avienten de este risco, como señal de que ni él pudo salvarme; depende de cómo muera.

Tomó la llave y abrió la puerta de la casa, de concreto; y cuando vio que la casa destinada para él era como se la habían prometido, respiró aliviado, porque en esa pinche casita no iba durar ni una sola lluvia; no se piense una tormenta. Cuando vio el interior de la casa de concreto no pensó nada, ni le gustaba ni le incomodaba; cualquier expectativa se realizó al ver que no era la de madera, después de eso no importa nada.

Se instaló: de su cubeta obtuvo sus dos playeras y las colgó en una viga de la casa, a sus tres bermudas deportivas las dobló y puso en la única silla que allí había, así también las tres trusas. Al paquete enrollado no lo sacó de la cubeta porque después lo habré de enterrar, ahorita no hay problema con ello.

La hamaca me encanta. Es como si la hubieran hecho para que yo durmiera siempre sobre ella, hasta el último día de mis días. Se montó sobre ella para probarla, para descansar; era perfecta.

Inspeccionó también el refrigerador colocado para él. Era viejo, no estaba encendido. Supongo que esto lo pusieron para mí para guardar mi comida, porque ellos saben por qué estoy aquí, supongo, no lo sé, porque si yo contratara a alguien que sé que está peleando por abandonar los vicios, probablemente no le facilitaría las cosas para que pueda consumir estando en soledad; sobre todo porque a veces, como la chaqueta, cuando uno no tiene nada que hacer, recae en los vicios. Pero por eso vine a trabajar, y para hacer funcionar este refri, habrá que hacer funcionar ese faro.

Salió de la casa buscando el generador que, según le dijeron, alimenta de energía tanto el faro como su refrigerador. Sólo quiero ver cómo funciona, ahorita no traigo nada para guardar... mala idea.

Durmió pensando que iba a despertar al otro día, para no sentir el hambre, pensó, pero también su consciencia le recordó que estaba ahí por una razón, así que cuando oscureció un poco, volvió a prender el generador y de ahí desvió la energía hacia el faro; éste iluminó, tanto que el guardafaros quedó ciego por unos segundos al no retirar la vista de la luz cuando el faro encendió.

Pero cuando pudo ver de nuevo, el ambiente estaba más oscuro de cuando encendió el faro, una de dos: pasó más tiempo del que creo o en este lugar oscurece muy rápido. Esa duda lo impresionó; eso, la duda, y el hambre, lo motivaron de nuevo a subir en la hamaca y dormir hasta el otro día donde ya podría encontrar qué comer, qué hacer.

Satisfacción. Cuando el único ruido que lo despertó fue el arrullo de las olas; gracias a ellas no le parecía tan pesado sobrellevar el hambre que lo despertó.

El cielo ya estaba clareando, de un color entre azul oscuro y naranja claro. El aire era muy fresco y soplaba con fuerza y con un ligero olor a pescado. Me gusta. Se acercó al precipicio que daba hacia tierra firme para ver si había actividad en la playa de la isla: una lancha, la misma que lo había traído, navegaba desde tierra firme.

Bajó apresurado, tomó el paquete que tenía escondido y se lo llevó consigo, estas bajaditas,

más las subiditas, me van a ayudar a bajar, también, esta pinche panza. Al llegar a la playa saludó con la mano en alto al lancharo; éste le respondió el saludo con una sonrisa y cuando hubo llegado lo más cerca que podía a la orilla tiró el ancla, tomó una caja de aluminio y dio un salto. Se dirigía a la playa, hacia el cuidador del faro

— Para ti —le dijo.

— ¿Es comida? —dijo — justo eso iba a preguntarte, ¿ustedes van a traerme comida todos los días?

No —respondió el lancharo — esto te lo manda mi mujer. La comida la tienes que conseguir tú mismo, para eso se te está pagando, para que tengas dinero para comprar comida.

Y así como llegó se fue. El guardafaros lo veía alejarse al mismo tiempo que comía el arroz con huevo que le habían dejado.

Volvió a subir. No sabía cuánto iba a durar sin tener hambre de nuevo así que al subir también buscaba por toda esa selva algo que pudiera comer, cualquier cosa estará bien, por lo menos hasta que pueda pedir algún adelanto y así comprar algo en tierra firme para guardar en mi refrigerador.

Comenzó a revisar la isla, no le habían dado un mapa ni planos ni le habían dicho nada aparte de cómo llegar al faro. Por eso, y para no quedarse sin energías en lo que caminaba siguiendo los senderos de concreto para inspeccionar el lugar, recogía y comía los pocos frutos que la isla produce por sí sola; no era mucho, pero lo mantenía despierto.

Luego de mucho andar y poco comer continuó por un camino que lo llevaba cada vez más abajo y abajo y abajo. Empezó lo que, se tardó en darse cuenta, parecía un camino de serpiente zigzagueando mientras bajaba y escuchó de nuevo, y para su sorpresa, las olas del mar golpeando contra la isla.

Cuando se dio cuenta, ya estaba en una playa pequeña, más agresiva que la que mira a tierra firme, pero en esta me puedo sentar bajo un árbol y cerca del mar, ya chingué.

Se acomodó bajo las ramas gruesas del árbol, recargando la pared en las enormes raíces que salían. Sacó el paquete que había estado escondiendo y empezó a desenrollarlo. Me habrán quitado mi precioso alcohol, pero nunca me podrán arrebatar esto de mis manos. En su centro había mariguana y un encendedor. Armó un porro y lo prendió. Después de esto voy a morir de hambre... ni pedo.

Inhaló dos veces, después hizo una pausa esperando que hiciera efecto la droga, cuando por fin lo sintió hizo lo mismo dos veces más hasta acabar con el cigarro. Recargó su cabeza en el árbol y apuntó su vista hacia arriba. Veía cómo las hojas caían lento y cómo los rayos de luz atravesaban las hojas y llegaban a la arena y se iban y volvían a aparecer, siempre rápido.

Bajó y enterró sus manos en la arena, luego se quedó con una sola imagen en la mente: las hojas cayendo del árbol y la luz atravesando por ellas. Así las vio por un largo rato y sintió algo extraño cerca de su mano izquierda, aunque siguió viendo las hojas. Se concentró en una sola, vio cómo se desprendía de su rama y caía lento sobre la arena, entonces, y sólo entonces fue cuando descubrió al perro cerca de él royendo su mano izquierda.

— ¡Ora tú qué! ¿Qué haces con mi mano, amiguito? ¿Te gusta? ¡Oh! Ya veo lo que quieres. ¿Quieres mi porro, perro, no es así? Quédate conmigo, se ve que eres bien grifo.

El cuidador del faro y su perro, ahora llamado Grifo, regresaron por el camino de serpiente hacia el interior de la selva. Seguro tú conoces más la isla que yo, debes saber dónde hay comida. Llévame, llévame a la comida. El perro, emocionado por encontrar de nuevo compañía humana, se

alegró y se movía de acá para allá, rápido y por todas partes; quizá demasiado rápido para los reflejos de un hombre de mediana edad bajo los efectos de la mariguana, por lo que tropezó y cayó.

Tardó un poco, para incorporarse. Grifo seguía sobre él, emocionado. El guardafaros decidió seguirlo como si el perro hubiera hecho caso a la orden que acababa de darle antes de la caída. Grifo llegó a la playa y su nuevo amo después de él.

— Ni pedo —dijo el cuidador del faro — a pescarle.

Esa noche, prendió el faro y volvió a dormirse temprano. Mañana apago esta cosa y me voy tendido a tierra firme. No volvería a pasar hambre otra vez. Así que se levantó de la hamaca con el sol, apagó el faro, tomó el bote donde estaba el diesel para el generador y, para su fortuna, el líquido en su interior cupo perfectamente en la cubeta que él había traído.

Bajó para encontrarse de nuevo con el lanchero y le dijo que ya había apagado todo allá arriba, que debía ir a tierra firme porque ya no tenía diesel para prender el generador pero ese era trabajo del lanchero y se lo dijo, que él todas las veces que se acabara el combustible se lo iba a traer desde tierra firme. Por eso el cuidador mintió diciendo que él tenía un amigo en la gasolinera, que le podía dar diesel a mitad de precio pero que tenía que ir él en persona, si no, el negocio no funcionaría. El lanchero pensó que entre los dos podrían quedarse el dinero que sobrara de la compra del diesel y por eso lo subió a su lancha y por eso lo llevó hasta tierra firme.

Pero el guarda faros no tenía suficiente dinero para comprar comida, por eso pidió el recurso destinado para llenar el bote de diesel, una mitad para el combustible, otra mitad para comprarme algo de comer y que dure, y se arreglan las cosas allá. Cuando regresó a la playa de tierra firme, casi al medio día, el lanchero le dijo que cómo le había ido con su amigo a lo cual el guarda faros respondió:

— No pude hacer el negocio. Tendremos que hacerle como me lo habías dicho. —y lo fue a dejar, otra vez, en la playa de la isla.

Yo creo que por los tacos que me acabo de chingar voy a estar un rato sin hambre, voy a recorrer de nuevo este lugar. De nuevo tomó su paquete, llamó al perro, bajó de la placita por el camino de concreto. Grifo a los pocos minutos lo dejó para tomar su camino, el guardafaros lo siguió hasta la casa de madera.

— Ya decía yo —le dijo — esta casa te la ha de haber construido el antiguo cuidador.

Lo dejó en la casa para que hiciera lo que quisiera y después, luego de unas cuantas horas, el guardafaros volvió a la playita que estaba del otro lado de la isla a sentarse bajo las palmitas y fumar mariguana. Grifo llegó después, se acomodó junto a él y él lo acarició todo el rato que pasaron en esa playa.

Así comenzó una rutina diaria en la vida del cuidador del faro: despertaba con el sol, apagaba el faro, desayunaba, caminaba por los senderos pavimentados de la isla junto con Grifo, fumada en la playita de atrás, comía, miraba la puesta de sol, prendía el faro, cenaba, se despedía de su perro para que éste fuera a dormir a la casa de madera, se acostaba en la hamaca, cada tercer día se masturbaba y se quedaba dormido; una vez por semana iba a tierra firme para recibir su paga, comprar alimentos y artículos personales y regresaba a la isla antes de que el sol empezara a caer sobre el horizonte. Cuando recuerdo la vida que llevé en tierra firme lamento no haber venido lo antes posible; para esto, justo para esto vine, para encontrar paz, para arreglar mi camino, para seguir un camino del bien y por eso todos los días sigo este camino, que es como mi guía, es lo

que me da paz, y gracias a ello bajé la barriga, me siento mucho mejor que cuando llegué, estoy tranquilo, Grifo es un gran amigo y la única compañía que necesito, me tengo a mí y a él, no quiero nada más y nada más me daría la tranquilidad con la que vivo ahora en este paraíso.

Si el tiempo es el que soluciona los asuntos también es él mismo el que lo complica. Los días pasaron y el guardafaros observaba desde la cima de la isla cómo la costa de tierra firme se llenaba de navíos; un día los navíos llegaron a la isla cargados de personas que no parecían nativos de la zona. Pinches turistas, ya van a empezar a llegar, sólo arruinan las cosas y ensucian todo.

Era la primera temporada vacacional que él vivió en la isla, hasta ese día nadie le había dicho que estaba permitido a los turistas recorrer la selva, no sólo la playa, y llegar, si ellos querían, hasta el faro. Eso le molestaba, era como dejar entrar extraños al patio de tu casa, como si extraños invadieran tu trabajo; y le molestaba aún más porque significaba no volver a fumar mariguana en la playa de atrás, por lo menos en los días. Ni pedo, fumaré de noche.

Y así lo hacía. Cuando los turistas llegaban por las mañanas, ya que había sol y el faro estaba apagado, el cuidador se encerraba en su casa, a veces sólo durmiendo, otras veces se masturbaba viendo a las turistas en la playa, preparaba su cena desde temprano, hasta que llegara el atardecer, prendía el faro y bajaba a la playita a drogarse. Él planeaba hacer dos rutinas e intercalaras entre temporada alta y temporada baja.

Pero una mañana, luego de apagar el faro, alguien tocó a su puerta mientras se masturbaba con las revistas que le gustaba comprar en tierra firme y que le servían para cuando estaba muy aburrido o, como en ese caso, cuando se cercioraba de que ninguna turista valía la pena. El guardafaros abrió la puerta, molesto, sí, pero ansioso por saber quién lo estaba interrumpiendo.

Abrió la puerta y frente a él estaba una muchacha de cabello castaño en traje de baño y un pareo beige que se transparentaba y pegaba a las bien torneadas piernas de la joven.

— ¿Ya abrió, señor? —Lo único que quiero abrir son tus piernas...

— ¿Cómo? —dijo sorprendido el cuidador.

— Que si ya me puede vender —te voy a vender, te voy a vender condones para que lo usemos...

— No te entiendo —dijo — ¿qué quieres que te venda?

— Agua y refrescos, señor. Y si tiene cerveza también, creo que los muchachos sí van a querer. —Por ti yo iría hasta tierra firme por la cervezas, mamita, sólo si te las tomas aquí conmigo... ¡Putra madre! Por allá vienen esos pendejos, seguro vienen con ella y ya no se me va a hacer. Ni pedo

— No. Lo siento, señorita, creo que está usted equivocada. Esto no es una tienda, yo no vendo nada. Yo aquí vivo y esta es mi casa.

El grupo de jóvenes, ya con los varones integrados, pidieron una disculpa al guardafaros, se asomaron por el acantilado, de un lado y el otro y se fueron de la placita donde se encontraba el faro. Ese episodio sería el principio de una idea y, para como lo estaba planeando, una nueva y mejor rutina para la vida del cuidador del faro.

El día en que le tocaba ir a tierra firme, día de paga, hizo su trabajo de las mañanas, tomó su cubeta, fue a casa de su perro, enterró el paquete de mariguana y puso a Grifo en la cubeta y se llevó la cubeta consigo. Si te dejo me la chingas, cabrón. En esta ida a tierra no compró más droga, todavía le quedaba mucha, con ese dinero, invirtió en botellas con agua, botellas de

refrescos y un cartón de cervezas. No todo el dinero lo puso él, no le hubiera alcanzado. El trato con el lanchero era recordar a los visitantes que transportara, que en la cima de la isla había un hombre cuidando un faro, que la vista era increíble, que el camino era una aventura selvática y que aquel hombre que estaba en la cima salvando las vidas de los marineros, vendía aguas, refrescos y cervezas bien frías.

Y los turistas fueron llegando por montones. A todos les emocionaba la idea de recorrer una selva luego de nadar en el mar, o nadar en el mar luego de recorrer la selva; era hacer dos tipos de turismo. A todos les daba calor por lo sofocante del sol y por la continua caminata. A todos les gustaba beber cerveza una vez que el recorrido había terminado. Así el guardafaros aseguró un ingreso extra y con él, los lujos que uno puede darse al estar solo en una isla.

El dinero de su negocio estaba destinado a su placer y disfrute mientras que su sueldo iba íntegro a las cosas de verdadera importancia como la comida. Por eso, al no gastar dinero de su sueldo en revistas pornográficas o drogas, podía comprar comida de mejor calidad y compró comida de perro para Grifo, no más sobras para el perro de esta isla, el segundo ser vivo más importante que duerme aquí.

Cuando la temporada vacacional terminó el cuidador del faro continuó viviendo como hasta entonces lo había hecho y estaba satisfecho con ello. Creo que es así como debe vivir el hombre, que gaste lo que tiene mientras lo tiene, siempre vienen tiempos mejores, por eso es bueno disfrutar también cuando no se tiene nada. Luego de un tiempo llegó la temporada vacacional más importante del año y con ella miles de turistas, y con ellos mucho dinero para el guardafaros.

— Tómese una con nosotros, don —le dijeron unos jóvenes luego de comprar cervezas.

— Ya no tomo —dijo el cuidador — además de que nunca es buena idea chingarse uno mismo su mercancía.

Un día terminó la mercancía de una semana, por lo que tuvo que regresar a tierra firme a traer el doble de mercancía; que terminaba para repetir el ciclo. Llegó a tener tanto dinero y tanta era su ambición que en una ocasión casi no logra transportar los cartones de cerveza porque eran demasiado pesados para la lancha. Esa noche, sentado al pie del recién encendido faro, con Grifo entre sus piernas, entendió que no tenía ningún sentido comprar más y más mercancía, el dinero es para gastarse, chingá. Y en su próxima ida a tierra firme compró un collar personalizado para Grifo que a modo de placa de identificación bajo su nombre decía: Cuidador del cuidador del faro.

La temporada vacacional terminó y sus productos se terminaron con ella. Ahora le tocaba a él terminar con el dinero que había ganado.

— Te voy a contar un secreto, querido Grifo —dijo el guardafaros recargado en la palmita cuando sintió el efecto de la mariguana — Te he fallado. Esta madre ya no era suficiente para mí, ya me había cansado e hice algo muy malo ahora que volví a tierra firme. —el perro lo veía quieto, moviendo la cola, con lo que en su rostro parecía una sonrisa — ¿recuerdas por qué vine aquí en primer lugar? Yo era una persona muy mala antes de conocerte, de conocer la isla tan bien como ya la conozco ahora. Antes era una persona que no se controlaba porque no conocía la paz como la conozco ahora contigo, mi amigo. Pero la última vez que estuve en tierra firme caí en uno de mis vicios. Esto no —dijo mientras miraba el porro — esto no es mi vicio, esto sólo es parte de mi paz. Pero ya no me era suficiente y caí en uno de mis vicios y qué bueno, porque este vicio me baja la ansiedad y así ya no caigo en el otro vicio, que es más peligroso. Todavía me acuerdo y

me excito —se acomodó para poder alzar su bermuda deportiva y sacar su pene para empezar a masturbarse. Grifo entendió la situación y salió corriendo hacia su casa de madera — estaba bien buena, pinche vieja. No como las que me cogía en mi otra vida, ésta sí estaba bien buena, hasta güerita y todo. Cobraba más que las otras pero valió la pena, estaba bien buena la puta hija de su puta. —después de un rato el guardafaros se vino con la noche.

III

La mirada de los hombres reflejaba la tristeza de la situación. Ninguno de los tres sabía navegar, nunca lo habían hecho aunque dos de ellos vivieran cerca del mar. Sólo siguieron las órdenes que les habían dado y se dejaron llevar por la corriente, dando uno que otro golpe al mar para redirigir la balsa y que no terminaran en mar abierto.

Los tres veían cómo el horizonte que dejaban atrás se hacía cada vez más chico, proporcional a lo cada vez más grande, pero no tan grande, del horizonte que tenían enfrente. Eran los nuevos pobladores de aquella isla a la que llamaba del Grifo porque los antiguos habitantes de tierra firme decían ver a ese animal fantástico, del que escuchaban en los libros de aventuras, volar o correr o nadar en esa isla. Y muchos años ya que la gente no pisaba aquel lugar por miedo a ser devorados. Hasta ese momento, que embarcaron a tres hombres para que no contagiaran al resto de la población con su terrible enfermedad de la piel que padecían. Transformándolos inmediatamente en los primeros seres humanos que pisaban la isla del Grifo desde los años de fundación del pueblo en tierra firme. Abandonándolos a su suerte y olvidándose de ellos porque su enfermedad era incurable y la mejor forma de erradicarla era que muriera con el último enfermo.

— Podríamos matarlos ahora —dijo el hombre que representaba a la multitud a sus espaldas — pero eso iría en contra de las leyes de Dios, por lo tanto haremos lo que hacían en los tiempos en que dios hijo estuvo con nosotros en la tierra y les daremos la oportunidad de vivir, pero alejados de nosotros. Por lo menos no estarán solos.

Y por ese motivo iban los tres hombres sobre la balsa. Con esperanza de vivir hasta que su enfermedad se los permitiera, para vivir como les habían dicho que vivieran.

— No deben tocar el agua —eso fue lo que les dijo el vocero de la multitud — de otra forma nos contagiarían también a nosotros. Por eso, al llegar a la isla, remen lo suficiente como para poder llegar de un salto a la playa. Deberán quemar el bote. No queremos que nos lo devuelvan pues ya está contaminado, deben quemarlo para que ustedes tampoco puedan volver. Y que Dios los cuide y proteja en las adversidades que van a vivir del otro lado, hasta que decida tomarlos y que estén en su gloria, si es que todavía tienen perdón y no es un castigo divino lo que están padeciendo en este momento.

Trataron, con las mejores intenciones, de no tocar el agua, pero fue imposible. La balsa no llegaba lo suficiente a la playa como para dar un salto, por eso tuvieron que brincar lo más lejos posible y de ahí rápido llegar hasta la playa. El último en bajar sostuvo la balsa en su mano y dijo a los demás:

— No podemos quemarla. En el futuro puede que nos sirva.

— Si volvemos nos matan —agregó Julián.

— No es para volver —le respondió Federico, que seguía sin soltar la balsa — podemos usarla como refugio en lo que encontramos algo mejor.

— ¿Y si nos curamos? ¿Cómo vamos a regresar si la queman o la desarman? —dijo Agustín,

que hasta el momento se había mantenido callado. Y callado siguió luego del silencio de sus compañeros al comprender que su propuesta era la más fantástica de todas, aunque la mejor opción después de todo.

Decidieron dismantlar la balsa y con sus piezas construir un refugio donde pudieran vivir los tres. Eso hicieron en su primer día. Pero como todo buen naufrago — había naufragado en la vida — entendieron que los recursos no estaban ahí, sino en la selva, y que si iban a sobrevivir debían mudarse para allá.

— Cuanto antes mejor —dijo Federico — Exploremos la isla para buscar recursos. Antes de que nos gane el hambre.

Los tres hombres se colocaron en lo que creyeron que era la mitad de la playa comenzaron a entrar en la selva. Una vez adentro se dividieron los caminos: unos se fue para la izquierda, recorriendo toda la franja de la playa y pasando por encima de las rocas que estaban en el límite; el otro se por la derecha, y el último emprendió el camino para arriba, subiendo las rocas y el monte agarrado de los árboles.

Acordaron reunirse en la playa, donde estaba su refugio, para juntar los recursos que habían encontrado, contar las cosas que habían visto y así planear una forma de continuar vivos. Se citaron al oscurecer.

— De este lado —dijo Agustín que había tomado el lado izquierdo — no hay mucho recurso de la propia isla. Pero encontré unas rocas muy cómodas como para sentarse y pescar. Yo no pesqué nada, pero conseguí estos cangrejos. — Puso, con sus manos envueltas en telas, cuatro cangrejos pequeños, muertos, sobre la tabla que pusieron en medio de los tres.

— Por este otro lado —dijo Julián — tampoco hay mucho. Sólo encontré estas pocas frutas que no sé qué son. Y más al fondo, después de rodear, subir y luego volver a bajar, hay otra playa, una pequeña, en la que sólo hay palmitas, los cocos todavía no han crecido allí. —colocó los frutos sobre la tabla, junto los cangrejos.

— Yo —Federico, por su parte — encontré dónde podríamos vivir. Es un terreno estable que nos podría proteger de las lluvias porque la tierra está sujeta, está lejos de la playa y además da la espalda a los fuertes vientos de mar abierto, la misma isla nos protege. Si subimos estas tablas podríamos hacer nuestro refugio allá arriba, también creo que hay agua por allá, pasando la cañada.

Los tres hombre subieron por el camino de en medio, cada uno cargando con ellos varias tablas y pedazos de madera y clavos. Cuando hubieron llegado al lugar que Federico había descrito, dejaron las cosas donde él lo indicó y, mientras lo hacían Agustín veía más que el terreno. Él dejó lo que cargaba y siguió subiendo por el cerro. Cuando llegó a un terreno más o menos plano pudo ver todo el territorio de tierra firme, sin dificultad alguna. Mientras los dos hombres que se quedaron, al notar su ausencia, empezaron a llamarlo y a buscarlo.

Al subir el risco, que parecía la única ruta que podría haber tomado ya que no estaba en el camino de regreso, lo encontraron de pie a un metro del precipicio, una lágrima resbalaba por su lacerada cara envuelta en telas.

— Es tan bonita cuando la ves de lejos —dijo. Cuando las lágrimas mojaron sus telas la sintió más pegadas a su cuerpo y la salinidad le provocó un dolor satisfactorio. Ahí parado, dándole la espalda a sus compañeros, empezó a quitarse las vendas que le cubrían casi todo el cuerpo. Primero por las de la cara, que fue donde sintió su llanto. Luego las manos y por último el

cuerpo.

Los otros dos, Julián y Federico, observaron asombrados y en silencio una escena de liberación que daría calma a sus maltratados espíritus. Una vez que los tres estuvieron juntos bajaron a donde había puesto las maderas y dieron inicio a la construcción de su próximo refugio.

El resultado fue una pequeña casa de madera, sencilla, dividida en tres partes por dos medios muros, nada más. Cuatro paredes y un techo, en medio dos medias paredes hechas así a propósito que dividían lo que ellos formaron como sus habitaciones. Una simple casa hecha de madera en medio de la selva, el cerro, en una isla deshabitada hasta el momento en que ellos fueron expulsados de tierra firme y llevados a la isla del Grifo, animal al que, en dos días de estancia, no habían visto.

Así transcurrió el tiempo y los tres hombres pudieron acostumbrarse al modo de vida que la isla les pedía. Federico, que era un hombre de ciudad, coordinaba las actividades de los tres hasta lograr construir un sistema en el que todos hicieran uso de sus habilidades para el beneficio común. De este modo, Agustín, que había vivido siempre a la orilla del mar, se encargaba de pescar en las rocas encontradas al oeste de la isla, Julián, por otro lado, hombre recio que fue criado en la parte más alejada de las ciudades, se encargaba, cuando había que comer, de cazar a las aves nativas de la isla y a uno que otro cerdo que luego encontraba separado de su familia; también, pocas veces por semana, recogía o cortaba madera con sus propias manos para que sirviera en la cocina improvisada en el que Federico trabajaba cuando no estaba recogiendo agua del yacimiento encontrado del otro lado de la isla cerca de la pequeña playa donde acostumbraban bañarse y nadar para que los de tierra firme no vieron que estaban mojando sus cuerpos enfermos en la misma agua donde ellos acostumbraban nadar y sacar parte de su comida. Y así, cuando la noche caía sobre ellos, se juntaban para cenar lo que Julián y Agustín habían cazado, Federico cocinado; y beber lo que éste mismo recolectaba. Se reunían alrededor del fuego en la parte más alta de la isla, donde Agustín había llorado, a platicar sobre la vida antes de la isla.

— Imagínate —decía Federico— si es poco probable que una persona sana sobreviva en estas condiciones, ¿qué nos espera a nosotros, tres leprosos desahuciados. No sé qué signifique para ustedes, pero desde el día que Agustín se quitó las vendas, y nosotros después de él, entendí que el plan de Dios no era este.

— Por lo menos no estamos solos —agregó Agustín para reconfortarlos— ¿se imaginan vivir en esta isla solo todo el tiempo?

— No dudo que alguien pudiera quedar loco —respondió Federico— pero a lo que voy es que, Dios no nos mandó la lepra. Es más, no creo tampoco que Dios haya inventado las enfermedades desde un principio.

— ¿Entonces ellas aparecieron solas? ¿O fue el diablo? —Preguntó Julián.

— No lo sé —volvió a responder Federico— Porque piénsenlo de este modo: Dios nos puso en un mundo parecido a esta isla: salvaje, sin nada a la mano, todo lo tenemos que obtener nosotros mismos con la fuerza de nuestras manos y el sudor de nuestras frentes. Ahora bien ¿creen ustedes que Dios nos hubiera puesto en un lugar así, con trabajos como estos y además, por si no fuera demasiado difícil, no manda también la lepra para que con cada zarpazo para pescar, con cada golpe al árbol, se nos cayeran pedazos de piel por todas partes y el sudor de nuestras frentes nos ardiera tanto como el agua salada del mar nos arde? Yo no creo que estemos aquí por Dios.

— Allá donde yo nací —agregó Julián— a cada rato y en todas partes la gente se encuentra

al diablo. Dicen que lo ven en los caminos, en los cerros, casi siempre de noche; pero nunca ven a Dios. Tal vez el diablo es el único que existe y a él es a quién le decimos Dios y tal vez él fue el que nos dio la lepra y nos dejó en este lugar

— Y tal vez —dijo Agustín— esta isla es el infierno.

Esa noche, los tres leprosos no durmieron en la casa de madera, sino que pasaron toda la noche mirando el fuego que en medio de ellos bailaba iluminando hasta tierra firme donde la gente veía la luz y creía que o ellos seguían vivos, o esa era la mismísima puerta al infierno.

Por la mañana, cuando despertaron, vieron una pequeña balsa que venía hacia la isla y decidieron bajar a su encuentro. Julián nervioso preguntó:

— ¿Se habrán dado cuenta de que nos hemos bañado en el mar?

— No tienen forma —dijo Agustín.

Hasta que la lancha llegó a un nivel suficiente como para pisar tierra, el hombre que allí venía y que llevaba consigo un maletín, bajó y caminó en dirección a ellos, que ya lo esperaban desde la parte donde termina la playa e inicia la selva.

Cuando los vio y antes de continuar caminando, alzó la mano en señal de amistad. Una sonrisa dibujaba su rostro. Era una sonrisa y un rostro como el que no habían visto uno en mucho tiempo: sin llagas, sin carne viva a la intemperie; pero sobre todo, era un rostro sano que les sonreía, algo que no habían visto desde antes de enfermarse.

El hombre se acercó lo suficiente como para que pudieran escuchar sin tener que elevar la voz.

— Mi nombre no importa. Sólo han de saber que estoy aquí para ayudarlos y pueden llamarme doctor.

Los tres leprosos se miraron unos a otros, ya hacía tiempo que se habían convencido de que no merecía compasión humana, pero frente a ellos estaba un hombre que arriesgaba su vida para verlos, para ayudarlos.

— ¿Qué necesita, doctor? —Federico fue el primero en hablar.

— Por ahora —contestó el doctor— sólo necesito hablar. Díganme cómo se sienten y cómo les ha ido en este lugar.

Los leprosos contaron que todos los días al desaparecer la oscuridad cada uno tomaba su respectivo camino para realizar sus actividades de caza, pesca y recolección. Bajaban de su casa de madera para tomar el camino de la izquierda, el de la derecha y por en medio para llegar a la fuente de agua. Todo el tiempo todos los días, tanto, que hasta la misma isla recordaba el camino que debían recorrer, caminos del norte, este y oeste, caminos hechos con sus propios pies descalzos, cada vez menos pie; cada vez menos mano al pescar y talar; cada vez menos vida, pero ahora: una ilusión, una esperanza.

Los tres hombres comenzaron a hablar con el doctor mientras éste tomaba nota de algunos datos importantes. Le preguntó sobre su alimentación y los tratamientos que le daban a su piel y asombrado anotó que si esos tres hombres seguían su vida como en ese momento, no durarían mucho más de lo que ya habían durado.

El doctor se despidió de ellos dándoles su palabra de que las cosas comenzarían a mejorar.

— ¿Por qué hace esto, doctor? —Preguntó Agustín— nadie en tierra firme nos quería; han dicho que fue porque Dios no nos quiere que por eso estamos así. Y ahora viene usted desde allá hasta acá, para ayudarnos aunque no nos conoce. ¿Por qué lo hace?

— Dios no les dio esto —respondió el doctor — fueron las personas de tierra firme las que los pusieron aquí. Incluso fueron ellas mismas las que los contagiaron. Dios no quiere esto para ustedes. Yo sí vengo de parte de Él y fue Él el que me dijo que viniera a verlos y será gracias a él y a la fuerza del espíritu santo que ustedes podrán curarse y salir por fin de este infierno. Ya lo verán, yo he traído la presencia de Dios a esta isla y en cuanto me vaya, será el espíritu santo el que los guarde a ustedes. Pero ustedes mismos tienen que creer y aceptar a nuestro señor en su corazón. Sólo así serán salvos. En cuanto yo me vaya de esta isla, ustedes deberán encomendar su alma al único Dios verdadero.

Los leprosos se sintieron aliviados después de eso.

— Quizás tenga razón —dijo Agustín.

— Pues cuando empiece a talar sin que la carne se caiga de mis manos, sólo entonces le creeré. —dijo Julián con todo cómico — ¿Qué piensas tú, Federico?

Federico no dijo nada y los tres hombres caminaron desde la playa hasta la selva, cada uno tomando su camino, porque ya se les había hecho tarde para sus actividades. Una vez separados Federico por fin habló, gritó, desde lo más alto de la isla:

— Parece que va a llover, el cielo se está nublando. No se arriesguen, si la lluvia es muy intensa, regresen al refugio.

Agustín tomó el camino de la izquierda y se dirigió a la orilla de rocas donde acostumbraba pescar. Fue por sus instrumentos, una vara puntiaguda y una tabla de madera, al lugar donde acostumbraba dejarlos, cerca de lugar de pesca.

Cuando salió de la selva para colocarse en la roca donde más peces había sacado, miró al cielo y después a la enorme nube negra que sobre la isla se posaba. Pensó que llovería más pronto de lo que habían sospechado y por eso apuró su tarea para por lo menos tener algo que comer.

Pero el agua estaba agitada y no podía ver a través de ella. Espuma y nada más. Agustín supo que había cometido un error al colocarse en las rocas, y lo supo cuando una fuerte ola golpeó el risco y lo arrolló como si pesara lo mismo que su vara. Cuando Agustín recuperó la consciencia, tenía la cara pegada a otra roca muy alejada de donde había estado. Vio sangre en el agua que se iba, algo estaba goteando pero él no podía ver qué era, pero estaba en su cara. Pensó por un momento que la ola lo había hecho caer, restregando su cara contra la otra roca y llevándose la mitad de su cara, pero no había nada en ningún lugar, pensó que la corriente se había llevado parte de su cara. Se incorporó como pudo, entró de nuevo en la selva y fue hasta el refugio. La lluvia todavía no empezaba.

Cuando llegó Federico colocaba piedras grandes alrededor de la casa de madera y Julián lo ayudaba. Cuando Agustín llegó, Julián iba a la mitad de su relato, de qué le había pasado durante su cacería. Cuando Agustín se dio cuenta de que no ayudaba mucho, subió hasta la cumbre del cerro, esta vez miró a mar abierto. Todo era una mancha gris oscura, de repente escuchó un trueno y el sonido indescriptible de miles de gotas al caer; vio la delgada capa de lluvia que caía a lo lejos y cómo se venía acercando hasta mojarlo a él y hacer resbalar el agua en su desfigurado rostro cubierto de sangre.

IV

La tormenta comenzó. Los vientos que venían desde el pacífico —sin nada que los detuviera— golpeaban de lleno contra la isla y las palmeras se arqueaban y el agua del mar que chocaba contra las rocas en tierra era llevada por el viento y empapaba todo. Los truenos parecían escucharse más cercanos, como si la isla estuviera más cerca del cielo que de tierra firme.

La casa de madera, aunque colocada ahí con inteligencia, no parecía muy segura, sobre todo por lo vieja y desgastada. Por eso el guardafaros, al sentir la tormenta sobre la isla, corrió hasta la casa de madera para ver si allí se encontraba Grifo y poder llevarlo consigo a su, aunque no tan bien colocada, casa de concreto.

El perro, al verlo, de un saltó llegó a sus brazos y ambos subieron al ritmo que el envejecido cuidador del faro podía llevar. Una vez que llegaron a la placita de la cima, el cuidador miró a tierra firme pero la neblina y el agua cayendo le impidieron ver más que colores difuminados. Colocó al perro dentro de la casa, surtió de suficiente combustible el generador del faro y después él mismo se resguardó dentro de la casa de concreto. Grifo lo esperaba del otro lado de la puerta moviendo la cola de un lado a otro como si supiera lo que estaba pasando. Pinche perro, quién sabe cuánto tiempo llevas acá pero no parece asustarte nada.

El cuidador del faro atrancó su puerta con la silla y puso su refrigerador en la ventana. No vaya a ser que el viento me las tumbe. Y si sí, por lo menos estoy preparado. Y si no, se chingó mi madre y la de este perro.

Grifo pasó toda la noche lamiendo los brazos de su amo mientras este lo abrazaba con fuerza contra su cuerpo tirado en una de las esquinas más alejadas de la puerta y la ventana de la casa de concreto; hasta que amaneció.

La tormenta se había ido con la salida del sol

El cuidador del faro salió de la casa y los únicos vestigios de que por ahí había pasado una terrible tormenta fueron los árboles y hojas de árboles en el suelo. Todo lo demás, la tierra, el cielo, el mar, se veían tranquilos, brillantes, como cualquier caluroso día de verano, como si nada hubiera pasado.

Grifo salió de la casa de concreto y fue directo hacia la casa de madera. El guardafaros lo siguió hasta la entrada, se aseguró de que la casa estuviera estable como para que el perro pudiera seguir durmiendo en ella y cuando comprobó que sí lo estaba, se puso en cuclillas, casi a la altura de Grifo, y acarició su lomo. Eres un puto suertudo. Una sonrisa apareció en su rostro.

Sólo después de que el perro entrara en su casa y se acostara para dormir, el cuidador del faro hizo su trabajo. Regresó a la plaza para ver si lo único que debía cuidar no había sufrido daños, para apagar la luz y revisar si el generador trabajaba bien. No había ningún problema. Pero también debía revisar el resto de la isla por si los pendejos de la marina vienen nada más les digo dónde hay algo, para que no me estén chingando.

Y comenzó un recorrido por todos los caminos de concreto que conectaba con todos los lugares relevantes de la isla. Pero todo estaba en orden, o eso parecía, al menos de vista todo parecía estar en orden. La temporada vacacional pronto vendría, habría más dinero, más

diversiones, más drogas y más dinero para gastar en putas y no en lo otro.

Pero para la llegada de los turistas era necesario limpiar la isla, por lo menos los lugares que ellos visitan; las playas, por supuesto, la plaza del faro, los caminos de concreto, el risco de piedras que estaba al oeste. Quitar ramas, hojas, piedras, tierra. Todo lo hizo el cuidador del faro, el cuidador de la isla. Y también tenía preparado su refrigerador, lleno hasta el tope de refrescos, aguas y cervezas, era la mayor inversión que había hecho hasta el momento. Se aproxima la temporada más importante del año y debo estar preparado, después de esto yo creo que podría comprar cosas chingonas para la puta casa y el pinche perro.

El cuidador del faro, incluso, había comprado pintura para reparar los desperfectos que la tormenta hizo en su casa y con esa misma hizo, pintó y colocó letreros de la entrada de la playa a la selva indicando que arriba vendían medicamentos para el calor, así no tendré que darle ni un cinco al puto lanchero, y con lo que sobró hizo, por último, dos letreros más: uno en la casa de madera que decía: Casa de Grifo; y otro en la casa de concreto que decía: Tienda de Grifo.

Para cuando hubo concluido la espera y el guardafaros marcó en su calendario — bajo la foto de una mujer desnuda, grotesca, envidiable — que empezaban la temporada, que ese día llegarían los turistas, esperó desde la plaza del faro, en lo más alto de la isla, ver zarpar a las lanchas cargadas de visitantes desde tierra firme. Pero esas nunca llegaron.

Tres días después de la fecha que él había marcado empezaron las lanchas a llegar. No repletas, como las había imaginado, modestas más bien. Ni tantas lanchas como esperaba. Pero mejorará, seguro a la semana vendrán los buenos clientes. Pero nunca llegaron.

Sin embargo, las ventas no pararon. No eran lo que él esperaba pero la gente seguía subiendo, sobre todo por la vista, no tanto por él o las cervezas, y cuando llegó la semana que él había esperado se dio cuenta del tipo de turistas con lo que lidiaba ahora: parejas envejecidas, ancianos solos, ancianas solas, familias numerosas que vacacionaban con lo necesario.

La frecuencia de su masturbación bajó tanto como la venta de sus cervezas. Ya no veía cuerpos hermosos ni jóvenes adinerados esperando embrutecerse. Había personas como él, pero sólo al pinche perro le gustan los pendejos como yo.

Y así como llegaron, como una ola, los turistas se fueron. El cuidador del faro no obtuvo en ventas ni lo inversión que había hecho, por lo que los viajes de despilfarro y excesos en tierra firme no pudieron ser. La única ventaja es que me puedo tomar los refrescos.

Sin nada más por hacer y sin poder comprar mariguana, el cuidador del faro, una vez cubierta su labor de apagar y prender la luz, pasaba todo su tiempo, las tardes y las noches, sentado al pie del faro con un refresco en la mano mirando pasar los barcos que de mar abierto venían, se quedaban en el malecón de tierra firme y regresaban al océano después de vaciar su carga.

Grifo casi siempre estaba junto a él. Ambos no hacían nada más que mirar los barcos, era una actividad que les llevaba un tiempo enorme en donde ni un solo ruido los molestaba; y tanto el perro como el hombre, comían en silencio, mirándose el uno al otro, esperando a que algo pasara. Por eso sólo veían los barcos, porque era lo más emocionante que tenían desde la tormenta.

Días monótonos hasta que los refrescos se terminaron, el cuidador no pudo abastecerse de mariguana y mucho menos le alcanzó para una prostituta, puras chaquetas y con las mismas revistas, me conformaría con una puta gorda y prieta, nada más para quitarme las ganas.

El cuidador del faro ya no tenía nada. Los turistas no se acercaban más a la isla y cuando lo hacían, muy rara vez subían hasta el faro. Poco a poco, Grifo y su amo se volvieron, otra vez, los

únicos habitantes de la isla.

La mariguana también se terminó sólo le quedaba, al cuidador del faro — porque Grifo parecía tenerlo todo con su amo —, lo de su sueldo, cosa que apenas le alcanzaba para comer; y una multitud de cervezas enfriándose, inútiles, en su refrigerador. Pero esas ya no las voy a vender, nadie pone su culo en esta isla, nadie me las va a comprar. Terminarán echándose a perder en ese puto refrigerador. A menos que el pinche perro se las tome, al menos él estará feliz. Porque yo no. Yo no me las puedo tomar, por eso vine aquí, por eso estoy aquí, para no tomar, para dejar de tomar. Por eso el pinche perro se las tiene que tomar. Él, no yo.

Y en su intento por hacer que Grifo se tomara una cerveza, en la cima de la isla, junto al faro, mientras veían entrar y salir los barcos cargueros; el cuidador tiraba un poco de cerveza en el piso para que el perro la bebiera. Pero al acercarse al charco, Grifo la olió y parecía que el aroma ni siquiera le agradaba, porque hizo el sonido que hacen los perros al estornudar y salió corriendo de la placita del faro.

El cuidador quedó sólo, con una cerveza fría, su perdición, en la mano. El aroma derramado sobre la tierra se elevó con los vientos del pacífico y la mezcla, la tierra mojada y la cebada, acariciaron los nervios de guardafaros, no su nariz, porque el olor a alcohol llegó directo a sus sistema nervioso, lo que provocó un choque dentro de su cabeza y un recuerdo después del choque.

Y recordó ahí, en una isla habitada sólo por un perro y un alcohólico en recuperación, esos años en su pasado cuando la bebida dominaba su vida, miles de recuerdos en un segundo. Recuerdos de las veces en que olió el alcohol y la tierra al mismo tiempo, de las veces en que el sol salía y él se encontraba tirado en alguna parte de tierra firme. Miles de recuerdos en un solo segundo y por respirar. Entonces le ardió la boca del estómago, como en aquellos días, y, como en aquellos días, llevó sin pensar la botella a su boca y terminó la cerveza de un solo trago. El barco que había estado observando desde que intentó hacer beber al perro ya estaba anclado en el malecón.

Y ese mismo barco ya había salido de la bahía y otro entrado y salido también mientras el guardafaros, sentado al pie del faro, bebía todas las cervezas guardadas en el refrigerador hasta acabar con ellas y aun con las que no cupieron y permanecieron en su cartón todo ese tiempo. Hasta que se terminaron y la plaza del faro se llenó de botellas vacías de cerveza.

Grifo regresó a la placita, como buscando a su dueño, olfateó las botellas y comprobó era el rastro de él, pero no lo olía en el ambiente, sólo en las botellas. Porque ya no estaba en la plaza pero él no podía encontrarlo porque estaba la luz del faro apagada y una nube cubría la luna y las estrellas.

El perro iba a comenzar su búsqueda, guiado, como todos los perros, más por la nariz que por los ojos, pero la lluvia comenzó en el mismo momento en el que Grifo salió de la placita y se encaminó por el sendero de concreto. Por eso mejor corrió hasta la casa de concreto y se protegió en la misma esquina donde estuvo la tormenta anterior, esperando a que el cuidador del faro viniera hasta él y lo envolviera de nuevo entre sus brazos.

Pero nunca llegó. En su lugar, apareció una manada de puercos sobre la placita del faro. Olfateaban las botellas regadas por todas partes y se comían las revistas, y la basura que el cuidador del faro había dejado. Grifo salió de la casa con las orejas levantadas y sin hacer caso a los puercos.

Se mantuvo alerta a orillas del precipicio viendo hacia tierra firme, con las patas delanteras recargadas sobre unas piedras: no había ya ninguna clase de barco sobre la bahía.

La tormenta había pasado y gracias a ella los tres hombres supieron lo bien ubicada que estaba la casa de madera; de frente a tierra firme, con el cerro de la isla tapando los aires del pacífico.

La mañana después de la tormenta fue muy soleada. Ellos no supieron cuándo terminó de llover, si cuando estaba el sol o las estrellas; ellos despertaron y la tormenta ya no estaba, en su lugar un fuerte sol y el cielo despejado. Salieron de la casa de madera como de una cueva, con los ojos casi cerrados por la luz y las manos tapando del sol sus desbaratados rostros.

Federico dijo a los otros dos leprosos que salieran a investigar qué había pasado con la isla y, que si encontraban alguna novedad, la reportaran en cuanto estuvieran los tres reunidos; dijo además que si podían, buscaran algo de comida y él, por su parte, iría a buscar el agua.

Entonces Agustín tomó su camino, ansioso bajó el cerro y se dirigió hasta las rocas donde acostumbraba pescar y ahí, en el espacio casi plano en el que arrojaba el arpón, una piedra enorme yacía inamovible. Era como dos veces su estatura y tan ancha que no alcanzaba a rodearla con las manos.

Agustín no logró explicarse cómo una roca de tremendas proporciones pudo quedar colocada de esa manera, casi inclinada, a un paso de caer al mar; pero estable, tan estable y tan bien erigida que parecía ser una extremidad de la isla y que a pesar de verse tan propensa a caer al agua ni con las fuerza de los tres hombres que habitaban la isla podrían haberla movido un poco.

Se retiró de ahí. En su camino de regreso volteaba para asegurarse desde qué parte del sendero que había trazado día a día con sus pies se podía ver la enorme roca que irrumpía su espacio de trabajo y le negaba el acceso a la pesca.

Julián no encontró más a los cerdos. Por más que les hablaba para llamar su atención la lluvia había borrado también sus huellas y sus rastros y sólo había dejado el rastro de una tormenta al pasar. Su trabajo también se había vuelto inútil. No había caza ni madera, ésta todavía se encontraba húmeda. Julián no encontró ninguna anomalía en la isla más que la desaparición de todos los animales que acostumbraba cazar, y por eso regresó a la casa de madera, porque tampoco encontró nada más que pudiera hacer adentrado de la selva.

Cuando ambos llegaron, Agustín y Julián, encontraron a su otro compañero sentado afuera de la casa, con las piernas cruzadas. Cuando él los vio llegar, de inmediato se acercó a Agustín:

— ¿Pero ¿cómo fue que saliste así? Mira nada más cómo tienes la cara. ¿Acaso no te has dado cuenta? —le preguntó.

— Tú también lo sabes, cuando la piel se cae uno ya no se da cuenta. No pasa nada, así quiero estar. —respondió Agustín.

— No, amigo. Esto no parece consecuencia de la lepra. —dijo más calmado Federico — ¿te pasó algo ahorita que bajaste? ¿O durante la tormenta?

Agustín entonces recordó su accidente en las rocas al inicio de la lluvia. Había olvidado lo sucedido ya que, como dijo, poco a poco fue perdiendo la sensibilidad en las áreas más afectadas de su cuerpo y, aunque no sentía dolor sí percibía cuando carne colgaba de su rostro, sin embargo lo atribuyó a la lepra porque la preocupación de la tormenta lo hizo olvidar muchas cosas.

Después de eso, los tres hombres pensaron regresar sus vidas a la normalidad. Esa noche no comieron pero se levantaron al otro día con la esperanza de que su vida, la vida que habían tenido desde que se mudaron a la isla, fuera la que ya tenían por costumbre.

Se dieron cuenta, a paso lento y cansando, que su vida corría peligro si seguían viviendo en esa isla. Agustín fue el primero en comprender que su rutina no podía ser la misma. Entendió, cuando volteaba a ver la roca que se había posado en su lugar de pesca, que debía buscar otro sitio porque moverla no era una opción y si se aventuraba un poco más adentro de las rocas y el mar era casi seguro que no volvería con pescado... no volvería.

Por lo tanto se dio a la tarea de buscar otro lugar donde pudiera echar el arpón, recorriendo toda la isla, de norte a sur y después de este a oeste, en el camino, sin darse cuenta, pasó justo al lado de Julián, quién por su parte sufría casi el mismo problema que Agustín: escases.

La familia de cerdos ya no estaba; no era que se los hubiera acabado, él lo sabía, sólo desaparecieron con la tormenta, ellos y su rastro, sus huellas, su excremento ya no estaban. No estaban en el lugar donde Julián acostumbraba cazarlos y parecía que nunca había vivido un animal en esa zona. Creyó por un momento que la familia entera, con el miedo a la tormenta, se habían arrojado a morir por la cañada, igual que los cerdos poseídos por los demonios en tiempos de Jesucristo. Julián, a diferencia de Agustín, tenía toda la isla para cazar, pero no tenía nada que cazar.

Al momento de darse por vencidos, casi sincronizados, Julián y Agustín decidieron volver a la casa de madera con la esperanza, de nuevo la esperanza, de que Federico (o Julián para Agustín y Agustín para Julián) les dieran buenas noticias sobre la condición de la isla y sus respectivos trabajos en ella.

Federico estaba sentado a fuera de la casa de madera con sus ojos puestos en tierra firme. Cuando los otros dos leprosos llegaron entendieron la paz que contenía Federico y decidieron no perturbarla sentándose junto a él, uno a cada lado.

— De nuevo dependemos de ellos —dijo Federico. Los tres guardaron silencio hasta la noche y se fueron a dormir, de nuevo, con hambre.

Sin duda, en el tiempo que llevaban ahí, habían aprendido a economizar recursos y energías. Al vivir en una isla con poca biodiversidad, isla que utilizaban para aislamientos, entendieron que la isla no había sido habitada por miedo al Grifo que según vivía en ella, sino porque no tenía condiciones para soportar la vida humana.

— Por eso nos mandaron aquí —dijo Federico— para que muriéramos de causas naturales. Ya no sería su culpa, si no la nuestra, “por no alimentarnos”.

— Y por eso murieron también los cerdos —agregó Julián— aquí no hay agua ni para ellos.

La escena era de resignación, de derrota. Los tres leprosos estaban sentados en la primera playa que habían pisado como habitantes de la isla, tan hambrientos como para comerse entre sí, pero demasiado sedientos como para hacerlo. Habían baja a la playa desde su casa de madera para morir sobre la playa, de frente a tierra firme, para que pudieran verlos.

— Pero él prometió venir —dijo Agustín luego de una pausa— nos dio su palabra y dijo que Dios nos cuidaría.

— Pero no ha venido desde entonces, Agustín —dijo Federico— ni vendrá...

— ¡Ahí viene! —gritó Agustín, entrecerrando los ojos para poder mirar mejor— lo veo, seguro que es él. Ahí viene y viene con más gente.

El bote que transportaba al doctor y sus acompañantes se detuvo en la arena. Él bajó pero las personas que con él venían, no. Se acercó a los leprosos lento, alzando los brazos por sí no lo habían visto; parecían desorientados.

— ¡Gracias a Dios padre, Dios hijo y Dios espíritu santo que siguen vivos! —dijo cuando estaba ya muy cerca de ellos — Me llena de alegría verlos, temíamos que con la tormenta ustedes se hubieran reunido con el Señor.

— ¿Y qué les preocupa? —preguntó Federico — para eso nos han mandado aquí.

— ¡No digas eso, hijo mío! —respondió efusivo el doctor — ustedes están aquí por el error de mucha gente. Y nosotros estamos aquí para ayudarles a ustedes. Vean lo que les hemos traído.

El doctor hizo una señal a los que venían en el bote. Ellos, dos mujeres y un hombre, bajaron con cajas en las manos, jarrones y una cruz.

— Dios ha dado la esperanza, hijos míos —dijo el doctor — Él ha dicho: *Y ellos tienen que proveer el cordero y la ofrenda de grano y el aceite mañana a mañana como un holocausto constante.*

Los leprosos entendieron que en las cajas y los jarrones estaba su esperanza, sonrieron por eso, cuanto su rostro podía expresar.

— Pero Dios también pide algo a cambio —agregó el doctor.

— Lo que sea —dijo Agustín — lo que sea para Dios y por nuestras vidas.

El doctor sonrió abriendo las palmas de sus manos para ellos. Les dijo que esa isla iba a ser visitada con más frecuencia, que los visitantes vendrían a darles los víveres que necesitaran dejándolos donde empezaba la selva. La condición era que sólo podían ir por los recursos cuando los visitantes se hubieran ido, que nunca bajaran a la playa y que ninguno debía tener contacto con los visitantes, que nunca nadie debía verlos.

Federico, Agustín y Julián accedieron. Hubieran dicho que sí a cualquier condición, por difícil que fuera, y esa no lo era tanto.

Las personas que con el doctor venían colocaron las cosas donde la selva inicia, detuvieron la cruz sobre la arena, enterrándola y se fueron dándoles la bendición a los tres leprosos. Ellos los despidieron con las manos e inmediatamente fueron a buscar las cajas y los jarrones. Así sobrevivieron unos días. Pero ni el doctor ni nadie les dijo cuándo vendrían los visitantes, por lo que tuvieron que regular las dosis en plan a una larga espera.

— Por eso ya no hay cerdos —pensó Julián — Dios vino a bendecir esta isla, y los demonios murieron con ellos.

Y sí fue larga la espera, tanto, que cuando los visitantes volvieron otra vez a la playa y se hubieron ido, Agustín tuvo que arrastrarse — porque desfallecía — para ir por los víveres y llevárselos a los otros dos leprosos que estaban peor que él.

Así transcurrió el tiempo: la isla seguía sin recursos, los víveres tardaban más de lo que un grupo de hombres pudiera soportar y la enfermedad acababa con su cuerpo de tanto arrastrarse por la selva.

Y sin embargo, ellos nunca se preguntaron qué era lo que iban a hacer a la isla esos visitantes, de lo que sí estaban seguros es que no era para mantenerlos vivos. Cuando veían venir el bote subían a la selva profunda y bajaban hasta que el sol desaparecía, que era, casi siempre, cuando los visitantes se iban. Pero un día fue diferente.

A los visitantes se les daba la instrucción de dejar las cajas y los jarrones en la entrada de la

selva, nunca preguntar por ellos y seguir con sus actividades normales. Tenían prohibidísimo subir a la selva donde habitaba el Grifo. Ellos creían que las cajas y los jarrones eran para él.

Pero ese día llegó un grupo de visitantes diferente. Más curiosos, más desobedientes y al percatarse que las cajas y los jarrones contenían comida, decidieron no entregar las provisiones, decidieron quedarse con lo de adentro y dejar en la entrada de la selva los puros empaques. Además, se fueron más tarde de la isla, cuando ya había oscurecido, y fue entonces cuando Federico los vio al bajar por alimento: eran hombres y mujeres divirtiéndose, bañándose en la playa, jugando y corriendo como niños en el parque, algunos comían y otros sólo descansaban arrullándose con las olas del mar.

Los visitantes eran personas felices que veían la isla como una diversión, que sólo llegaban y se iban. Para ellos era felicidad, para los leprosos, era su hogar y su muerte. Los visitantes sólo pensaban en ellos mismos y en su recreación, al grado de que olvidaron para siempre —creían que eran para ellos — dejar las cajas y los jarrones.

VI

La luz del sol entraba por la ventana y fue esa misma la que despertó a Leonardo. Al primer instante no sabía lo que estaba pasando, se creía en otro sitio, hasta que se dio cuenta de que estaba sobre la hamaca en la casa del guardafaros en la isla que le encomendaron, a él y a su compañero, vigilar.

Fue entonces que se acordó de Santiago sintiéndose culpable por no haberle cedido ni un minuto la hamaca, y lo buscó en la esquina donde había pasado la noche, enajenado con la luz del faro. Pero Santiago ya no estaba ahí.

Al salir de la casa del cuidador, Leonardo pudo ver el azul más sorprendente que había visto en años, el de un mar iluminado por el intenso sol, eclipsando el feo y triste gris que durante años había visto siempre y en todos lados durante su estancia en la Marina. Pero ni el efecto que ese color provocaba en él lo hizo preocuparse menos por el hecho de que su compañero tampoco estaba afuera, ni cerca del faro ni siquiera algo cerca del camino de concreto.

Tomó su M16 por delante y emprendió la búsqueda de su compañero esperando no tener que desviarse del camino que ya conocía. Una vez pasada la casa de madera que por el camino en descenso se veía, decidió retroceder para buscarlo ahí. Le faltaban unos pasos para llegar a ella cuando escuchó un ruido viniendo desde adentro, así que disminuyó su velocidad y alertó sus sentidos con el arma pegada a su mejilla.

— No vive nadie en esta isla —repetía en su mente — es nos dijeron, nosotros lo vimos. No vive nadie en esta isla...

Esperó un segundo en la entrada de la puerta de madera para, de un golpe, entrar veloz. En lo que parecía la primera habitación no había nada. En la segunda — lo vio cuando entró — tampoco. El ruido venía de la tercera habitación, justo en su punto ciego, la esquina contraria de la casa que era tapada por el último medio muro que dividía los cuartos.

— Santiago —dijo en voz fuerte. El ruido cesó.

Cuando estuvo listo entró para ver un puerco dentro de la habitación, estaba comiendo quién sabe qué porquería y de nuevo sintió miedo. Tenía la sospecha de que aquella porquería fuera su compañero y por eso, en una sobreacción, disparó su arma contra el puerco y una vez que éste yació inmóvil en el suelo, se acercó a identificar la porquería.

Su agitado corazón se sintió tranquilo saliendo de esa casa. No era Santiago lo que aquel puerco comía, sin embargo continuó preocupado porque su amigo no estaba en ningún sitio. Y siguió su camino por el camino de concreto, hacia abajo. Mientras bajaba pensó en el Grifo.

— “Alas de águila y cuerpo de león”, — recordó lo que Santiago le había dicho — un animal así podría acabar, sin problemas, con un hombre maduro desorientado, incluso con uno alerta.

Y afinó sus sentidos. Ya no estaba para correr riesgos pero el sendero de concreto se le había acabado buscando y debía, para encontrar a su amigo, correr el riesgo, porque ya no le parecía tan

interesante desviar la ruta que hasta entonces había seguido.

Llegó al camino que se marcaba en la tierra, en un punto alto de la isla, y lo tomó. Era un camino en descenso hacia una orilla rocosa. Leonardo se mantenía alerta, ya no fijaba tanto sus ojos a la espesura de la selva, sino más bien, se mantenía a la espera de que algún ave del tamaño de un león de un zarpazo le quitara la vida. O peor: pensaba que, un animal de semejantes proporciones, sería capaz de levantarlo por los aires y arrojarlo contra la orilla rocosa de la isla.

También miraba las rocas, creyendo (pero esperando que no) encontrar a Santiago estrellado sobre alguna de ellas.

Pero a Leonardo el tiempo se le acabó. Él lo supo cuando vio que, luego de buscarlo con la claridad de un sol despejado, no podría encontrarlo con el matiz del ocaso. A pesar de eso todavía tenía una opción. Esperaba que con la luz del faro, si es que Leonardo estaba perdido y seguía enajenado, por lo menos viera de nuevo la única luz intensa que en la isla despedía y entonces fuera hacia ella, atraído por el intermitente rayo de luz.

Pero no había quién prendiera el faro, el cuidador había desaparecido y uno de los cuidadores del cuidador había desaparecido.

— Es probable que estén juntos —dijo y luego corrió hasta la plaza del faro.

Pero nunca hubo más que viejas cosas como rastro del guardafaros, y ahora no quedaba prueba alguna —salvo su propio recuerdo — de que el marino Santiago hubiera estado en aquella isla.

Su radio nunca sonó. Antes de volver a encender el faro vino esa revelación a su mente y sin importar la circunstancia en la que estaba fue terrible para él darse cuenta de que nunca fue un buque por ellos al otro día de la estrepitosa tormenta.

— Se olvidaron de nosotros, carajo.

El sol ya se había ocultado y las luces de tierra firme no eran suficientes para alumbrarlo. Así que como pudo repitió el proceso para encender el mecanismo del faro y cuando lo hubo hecho se sorprendió de nuevo, pues faltaba otra cosa en la isla.

Al parecer la planta generadora de electricidad funcionaba bien, tenía suficiente diesel; mas el faro no iluminaba. Leonardo trató de echar un vistazo desde abajo para poder encontrar cuál era el problema, pero la noche ya había caído y no veía nada que no fueran las luces lejanas de tierra firme. Decidió subir para tratar de reparar lo que fuera que no permitía iluminar la isla.

Y fueron sólo las luces de tierra firme las que lo ubicarían para dejar la isla, porque el foco que daba luz al faro tampoco estaba en su lugar, había desaparecido como todo lo demás y él sabía, que si no estaba fuera de la isla lo más pronto posible él también correría con la misma fortuna que hizo desaparecer todo con lo que tuvo contacto en aquella isla.

Salió del faro mirando a todos lados, la casa del cuidador del faro oscurecía la placita donde estaba al tapar las débiles luces que procedían de tierra firme. Tenía el arma entre sus manos y su mejilla cuando cayó en la zanja. Y aunque al estar allí, con un pie en el surco, sabía que el lugar era plano y que nada de eso estaba cuando llegó más temprano, en su mente tenía la forma de una pata gigante. Y antes de que su mente pensara siquiera en que el Grifo estuviera rondándolo en la oscuridad de toda la selva, su radio sonó y el aviso de que sería recogido en cuanto llegara a la playa le dio la fuerza suficiente para no sentir el dolor de un pie lastimado por la inesperada caída y así pudiera conducirse, de la forma que sea, a la playa.

— ¿Por qué no se ha prendido la luz, marino?

Leonardo no dijo nada.

Tomó un papel que en el buque había y empezó a escribir su reporte:

Irregularidades. No se encontró al guarda faros en la isla. Marinero Santiago, desaparecido.
Falta material en el faro: un foco.

Anotación especial: revisar la isla, atención especial a rastros de pluma y pelo.